



MINGAIÑTXAR, el ecléctico.

En una "txabola" del monte Artxipi vivía, allá a fines del siglo XV, un viejo misántropo, alejado de las luchas y anhelos comunes de los renterianos. Era conocido por el sobrenombre de **Mingaiñtxar**, "Mala-lengua", por su crítica mordaz a los hombres y su aversión a la sociedad.

Mingaiñtxar era un pesimista socarrón, un viejo ogro zum-bón y humorista. Exponía crudamente sus opiniones, en pugna siempre con las aceptadas por sus paisanos.

Mingaiñtxar hubiera podido decir: "Unos decían que sí, otros que no, y yo les llevaba la contraria.

Cuando el viejo misántropo descendía de su "txabola" del Artxipi al poblado, las gentes temían los ataques de su lengua acerada. Nada ni nadie se libraban de su crítica dura; su comentario punzante alcanzaba a personas e instituciones, y Mingaiñtxar, el feroz individualista parecía gozar en ese continuo esgrimir el látigo de su maledicencia.

A la sazón-hace de esto quinientos treinta y tres años-a raíz de la conquista de Granada por los Reyes Católicos y del descubrimiento de América, los renterianos andaban a la greña. Se planteaba ya el problema de la congestión urbana; era necesaria y urgente la expansión de la villa, y mientras unos eran partidarios de que se efectuaran los ensanches por el lado de la Magdalena, otros opinaban que debieran hacerse por donde está hoy el matadero.

Al principio, la discusión no traspasaba los límites correctos: unos y otros hacían valer sus razones en pro y en contra esperando atraer a su campo a los militantes en el rival. Pero ninguno de los dos bandos cedía terreno ni partidarios; cada día era mayor la intransigencia, más enconada la lucha.

Hubo de solicitarse de los reyes el nombramiento de árbitros que pusieran fin a pleito de tanta importancia y urgencia. Y fueron elegidos al efecto el corregidor de San Sebastián, licenciado D. Alvaro Porras, y el alcaide de Fuente-rrabía D. Juan de Gamboa.

Los árbitros se encontraban perplejos; era difícil fallar: tanto pesaban las razones de un bando como las del otro, y

una solución favorable a uno de ellos hubiera irritado al partido contrario y ser causa de serios disturbios.

El único tema de conversación en Rentería era el de los ensanches; pero de la discusión no salía la luz, sino más bien lo contrario.

Así estaban las cosas cuando un día bajó Mingaiñtxar de su "txabola" de Artxipi, recorrió varios grupos y en todos ellos se hablaba del mismo asunto.

El viejo socarrón escuchaba las discusiones en silencio y con la sonrisa en los labios. Entre vaso y vaso -porque suponemos que las preocupaciones del momento no les impedía paladear el zumo de la vida- la conversación se animaba, y, a medida que pasaban las horas, se caldeaba el ambiente, acentuándose la sonrisa de Mingaiñtxar.

¿Cuál era la opinión del misántropo de Artxipi? Todos deseaban conocerla y ninguno osaba interrogarle por miedo a su mala lengua, a la que debía el mote. Uno, por fin, se decidió:

-¿Qué piensas, Mingaiñtxar, de los ensanches?

-Que sois todos muy brutos.

¿Porqué?

-Porque en vez de andar a la caza de árbitros debíais haber decidido ensanchar la villa por los dos lados.

Todos callaron. El eclecticismo del maldiciente Mingaiñ-

txar les hizo reflexionar. ¿Porqué no seguir el consejo del viejo ogro? Por uno y por otro lados era ventajoso el ensanche; el amor propio de ambos bandos quedaba satisfecho... Mingaiñtxar el mala lengua tenía razón.

Poco a poco fué apagándose el tono de la disputa; hubo una tregua y, al cabo de pocos días, los vecinos, unánimes pedían el ensanche de Rentería por los dos lados. - Y cuando Mingaiñtxar, más tarde, bajaba de Artxipi y veía las obras de ensanche por uno y otro lados, sonreía, como sonreía ante una salida de tono y una opinión descabellada. - Rentería debe

gratitud al viejo solitario y socarrón que, entre una sonrisa y una frase cruel, señaló el camino del progreso de la villa.

